

DOñA MARIA TERESA, Y DON JUAN DE PEñARANDA.

Declaranse en un curioso Romance los amores, y sucesos de estos dos Amantes, y la lastimosa tragedia que sucedió á D. Juan.

BRille la Antorcha del Orbe,
esparza sus luces bellas,
MARIA, llena de GRACIA,
alegria de la tierra:
atiendanme los mortales,
oiran esta tragedia.
En la Villa mas ilustre
de quantas el Sol rodéa,
aquella que el Rio Duero
circunda sus arboledas,
que con cristalinas aguas,
hermosea sus riberas,
es Valladolid la rica,
que en la Castellana tierra
tiene su asiento y morada.
En esta, pues, Patria bella,
nació de muy nobles Padres,
Doña Maria Teresa;
cuya gala, y discrecion
es otra segunda Elena,
es riquisima en extremo,
pues á muchas la riqueza,
las realza en todo grado,
y tanto las hermosea,
que compiten con el Sol,
causando embidia en la tierra.
Se enamoró finalmente
de aquesta hermosa doncella
un Don Juan de Peñaranda,
de una moderable hacienda,
la pretendió cuydadoso,
paseandole su puerta
de noche, y tambien de dia:
por medio de una tercera
le escrivió un dia un villete,
y con palabras muy tiernas
le encarece su cuidado.
La Dama como discreta
con otro le corresponde,
á su pretension atenta;

res-

respondió con los cortejos,
que en la urbanidad discreta
cabe en terminos prudentes,
se desistió de manera,
que en breve le dió á entender
que escusase su propuesta.
Volvió Don Juan á escrivirle
con tan amantes ternezas,
que un corazon diamantino
lo reduxera de cera;
y como dice el proverbio:
golpes dan en una peña,
hasta que la martirizan,
ó la quebrantan por fuerza;
y recibiendo el papel
Doña Maria Teresa,
entre sí buelve, y rebuelve;
y en fin ya se vé resuelta
á entregarle el corazon,
y le embia por respuesta:
Señor mio, ya sabeis,
que legítima heredera
soy del caudal de mis padres,
y me aman tan de veras,
como soy unica hija,
que es imposible que crea,
que gusten de que me case
con vos, señor, y que sea
notorio en Valladolid,
que me pretendes, mas esta
accion se conseguirá
sacandome de mi tierra
con el recato debido
que asisten à vuestras prendas,
porque de otra suerte, es caso
puesto en grande contingencia,
que yo prevendré dineros,
con algunas buenas prendas,
para que en nuestro viage
gocemos de conveniencia.
Viendo, pues, el Cavallero,
de esta Dama la respuesta,
se determina á sacarla,
previniendo con presteza
sus armas, y un buen cavallo,
y un bolsillo con cinquenta
doblones de à diez y seis,
y á la Dama parte diera
de como está prevenido,
y la noche venidera
determinaron salir,
pues segun noticias ciertas
fuè á veinte y ocho de Abril
del año, que ya se cuenta
mil setecientos setenta
y siete, por buena cuenta.
Pues vamos á que Don Juan,
asi que las doce dieran
de la noche, salió al punto,
y haciendo una cierta seña,
abrió la niña el balcon,
le dice: Mi bien, espera,
sacando una hermosa vanda,
la hizo firme en la reja
del balcon, y en un instante
baxó por la vanda mesma,
y Don Juan que està en el sitio
la recogió con destreza,
y le ha entregado en su mano,
en un pañuelo de seda,
mil escudos en doblones,
con muchas joyas, y prendas;
y montandola en las ancas,
valido de las tinieblas,
y silencio de la noche,
salió con gran diligencia
caminando hasta el dia,
guiado de las Estrellas,
no entró en camino ninguno
por escusar que le vieran.
Apenas amaneció,
que reconocio la tierra,

vió

vió que el viage que sigue
es á Madrid, y que es fuerza
ocultarse en aquel sitio
á aguardar la venidera
noche, para ir seguros,
y libres de que los vieran,
y asi en el Monte se ocultan,
y al abrigo de unas selvas
pasan el rigor del dia,
y gozando de su prenda,
con reciprocos cariños,
sirven de alfombras las yervas,
las matas sirven de adorno,
y las flores lisongeras,
con sus matices gustosas,
adornan aquesta selva.
Volvamos á la Señora,
que del gran quebranto queda
del cansancio de la noche,
y de la grande violencia
del traqueo del cavallo,
tan rendida, pues apenas
el descanso reconoce,
quando dormida se queda;
y su amante vigiloso,
se quedó de centinela,
pues quien enemigos tiene
es preciso que no duerma:
mas el demonio embidioso,
con sus enredos ordena,
que Don Juan de Peñaranda
mate á esta noble Doncella,
pues fingiendo una tramoya,
con diabolicas ideas
lo ha inducido de tal suerte,
que á la execucion lo apresta;
fué el caso, pues, de esta suerte.
Luego que esta bella hembra
rindió parias á Morfeo,
y en sus brazos se le entrega,
quando reparó Don Juan,
que un hombre con gran presteza
montado en un buen cavallo
viene talando la tierra,
y llegando donde estaba
Don Juan, y su bella prenda,
á él se llega, y lo saluda,
y Don Juan reconociera
que era un amigo suyo,
hijo de la misma tierra.
Dice el Demonio: Don Juan,
he sabido esta tragedia,
y el estimarte yo tanto
me ha obligado en gran manera
á haber seguido tus pasos,
aunque no me admiro de ella,
que la pasion de los hombres
la razon les atropella,
y te digo como amigo;
que vas mal con esa hembra,
pues donde quiera que fueres
con esa muger, es fuerza
muestres fé de casamiento,
y sé que tú no la llevas,
y te has de vér arrastrado;
y que el padre de esa dueña,
sé por muy cierto que ha echado
requisitorias con señas
fisicas para prenderte:
y asi, Don Juan, yo quisiera
que tomáras mi consejo,
supuesto que tienes prendas,
dineros de que valerte;
mata esa muger, qué esperas?
y nos irémos los dos
con esa poca de hacienda
á Portugal, y pondrémos
modo de vivir con ella.
Don Juan admitió el consejo,
quando en estas diferencias
casual volvió la cara,
y volviendo con presteza
á responder á su amigo,
no lo halló, mas discurriera
se le habia ofrecido algo,
y quedóse con aquesta
pictima en el corazon,
pues le abrasó tan de veras,
que á executar su maldad
se previno muy de priesa;
y mientras viene su amigo
se ha llegado á la inocencia
de aqueste segundo Isaac,
pues pretende con cautela
sacrificar rigoroso
á aquella mansa ovejuela.
Dispertó, pues, la señora,
y viendo la gran violencia

con que su Amante la trata,
le dice desta manera:
Querido de mis entrañas,
qué novedad es aquesta?
qué delito he cometido,
ó en qué te ofendí, mi prenda?
Y él con impetu furioso,
la despoja muy de priesa,
y atandola contra un Arbol
sacando con ligereza
un puñal acicalado,
le tiró con tal fiereza,
un golpe, que habiendo herido
su pecho, en el ayre suena
una voz muy lamentable,
que desta suerte dixera:
Tú hombre, qué es lo que haces?
y él titubeando, apenas
acertaba á executar,
pues fué cosa verdadera,
que diez golpes le tiró,
mas la inocente cordera
solamente en el primero
se vió de purpura llena,
lamentandose decia:
Dulcisima Virgen bella
de la Soledad, mi Madre,
consoladme, Sacra Reyna,
pues en esta soledad
solo nombrarte me alienta:
librame de este tyrano,
de este aleve, ó de esta fiera.
Estando en esta afliccion,
por Divina Providencia,
un Vaquero por el Monte
pasaba con diligencia,
y oyendo aquellos clamores
se recupera, y alienta,
y llegando al dicho sitio,
le dice de esta manera:
Amigo, y señor, por Dios
no executes tal ofensa,
dexa esa noble señora;
y èl respondiò con sobervia:
qué le importa al ganso eso?
Vayase, mire no quiera
que con él haga lo mismo;
y el hombre con furia fiera
puso una piedra en la honda,
la disparó con tal fuerza,
que á Don Juan le dexó muerto,
sin poder decir siquiera:
Jesus sea quien me valga!
Viendo la Señora esta
accion que hizo el Vaquero,
estaba ya como muerta,
de ver lo que le sucede,
y dice de esta manera:
Hombre Cristiano, por Dios
te pido me favorezcas,
y me lleves cuidadoso
al Pueblo que esté mas cerca,
á ver si quiere la Virgen,
que sane de mis dolencias.
El Vaquero con cariño
la desató, y la vistiera,
y recogiendo al instante,
dineros, joyas, y prendas,
y las armas, y el cavallo,
la tomó con diligencia,
y ácia Arevalo camina,
y se arrojó por las puertas
de un hidalgo Cavallero,
á quien el Pueblo respeta,
y le dió parte del caso;
y el Cavallero se empeña
en sacar la cara á todo,
y á Valladolid escribiera
al padre de esta señora,
y con grandes diligencias
la conduxeron al punto,
y al Vaquero le dió ella
mil escudos en doblones;
que fueron por cosa cierta
los que sacó de su casa,
y recogiendo sus prendas,
la llevaron à sus Padres,
y despues que estuvo buena
la entraron en un Convento,
y à Dios sirve muy de veras;
al muerto dieron sepulcro,
Dios le perdone, y le tenga
en su eterno descanso,
y á nosotros nos defienda
de los lazos del Demonio;
y ahora pide el Poeta
perdon de todos sus yerros
de esta historia verdadera. FIN.